

trata de conseguir un derecho para todos, no lo guarda, como todos, cual él mismo, no tenga interés y empeño en guardarlo. Muerto César, se vió que la tiranía no radicaba en el alma del dictador; sus raíces ahondaban más, iban hasta la voluntad interior del pueblo. Si al pueblo le presentaban la libertad, y el pueblo no la quería, ¿cómo transfundir un alma individual en el alma superior de todo un mundo? Allí, en el corto cenáculo compuesto por la familia de los libertadores mismos, latían los partidos, bajo cuyas discordias Roma perdiera su nativa libertad. Servilia estaba con los cesaristas y con los epicúreos; Porcia con los republicanos y los estoicos. Dentro de una familia, cuyo dios era Catón, cuyo jefe era Bruto, cuyo amor é inspiración Porcia, el cesarismo había penetrado llevando sus vicios y la deshonra indeleble á estos vicios consiguiente. Porcia, tan severa, tan creyente, tan sublime, había debido tolerar que la hermana de su padre, la hermana mayor, que la madre de su esposo, la madre de Bruto, tomase parte activa en la conversación empeñada entre republicanos para salvar la libertad. Y Servilia en su juventud corrompió á César, le hizo creer sin fundamento que Bruto era su partidario, le aconsejó en las persecuciones contra los republicanos, recibió de su munificencia muchas fincas confiscadas á éstos, entre las cuales aun tenía la quinta napolitana de Aguila, y, acabadas sus gracias por los años, prostituyó sus hijas, hermosas y jóvenes, á la voraz voluctuosidad del tirano lujuriosísimo. Pues cuando no pudo extirpar los vicios de la tiranía Porcia con su enseñanza, con su ejemplo en la propia familia, ¿podrían Bruto y Casio extirparlos en la inmensa Roma? Bruto mismo, desde la quinta donde se hallaba retirado y casi proscrito, decretó para el pueblo dones propios de César en las fiestas apolinarias, como representaciones de actores muy estipendiados y juegos de bestias feroces muy sangrientas. Hay quien dice que Casio no asesina de ningún modo á César, si éste no se apodera de sus leones númeradas, y no puede, no, dudarse que Bruto fiaba de los leones del circo lo que no había podido lograr de sus ideas y de sus principios, hasta el desahogo encargando á un actor que recitara versos épicos en los cuales se refería la expulsión y destronamiento de los Tarquinos, ¡ay! no pudo conseguirlo el inteliz. Le sustituyeron hexámetros incoloros contando aventuras insípidas. Murió el tirano, pero quedó la tiranía.

Por fin tuvieron los conjurados que partirse de Italia. Los buques puestos á su disposición para proveer á Roma de trigo, es decir, para desempeñar el cargo tan despreciado, por injurioso, le sirvieron para trasladarse á Oriente. Aguijoneólos más que su propia voluntad, la noticia de haber conseguido Sixto Pompeyo reentrar en posesión de toda España, muy fiel á la vencida causa de su padre. Divirtiendo las fuerzas de Antonio este caso hacia Occidente, de seguro podrían ellos trabajar más á su gusto en Oriente. Pero, fieles á la legalidad, pidieron permiso al Senado para que les eximiera de su presencia en los puestos por ellos desempeñados dentro de Roma. Y aunque reunido el Senado para este fin se mostró que había en él muchos republicanos, también se mostró que había en estos

republicanos mucho miedo á la persona de Antonio. Y las Asambleas miedosas no podían ser jamás Asambleas soberanas y libres. Al poco tiempo ya estaban Bruto y Casio acusados por acusación pública en el Foro de Roma. El pueblo gimió, los patricios se cubrieron el rostro con las manos; pero no quedó menos en vigor la sentencia infame contra la cual un solo juez de ánimo entero y firme opuso un voto de altiva protesta. En rebeldía los condenaron, y sin haberlos oído, les impusieron la última fórmula de los tiempos bárbaros, la privación del agua y del fuego. Ya no tenían más remedio que defenderse desde las disputadas regiones de Oriente. Bruto campeó en Macedonia, Casio en Siria, mientras el último Pompeyo en Sicilia. A los tres juntos en la misma idea se opuso el célebre triunvirato compuesto por Antonio, Lépido y Octavio, junto á su vez en el mismo deseo de combatir á Pompeyo, Bruto y Casio. Estos dos últimos se hallaban en Asia cuando rompieron sus enemigos por Macedonia y Tracia, cerrándoles todo paso en el Rodopo. Los libertadores unieron ante tan terrible realidad sus legiones, y marcharon á la defensa de su causa, encontrándose al fin constreñidos á mantenerla en los campos de Filippos. Tal batalla se contiene ya en la batalla de Farsalia. Pero, mientras en ésta pelearon dos caudillos, en aquélla pelearon dos causas. La república estaba con Bruto y Casio, el imperio con Octavio y Antonio. Bruto peleaba frente al primero, Casio frente al segundo. Muy separadas las fuerzas de los dos republicanos, por desgracia, no podían darse, como se necesita en la guerra, noticias frecuentes y rápidas. Así, mientras Casio era vencido, vencía Bruto; y de haberse comunicado mutuamente la respectiva suerte, nose matará, como se mató Casio, y no se infligiera con su suicidio y con su desesperación este desastre más á la república. No pudo humanamente ocurrirse el desmayo producido por la muerte de Casio, tanto en los últimos republicanos como en su infeliz jefe. Veinte días transcurrieron entre los primeros y los últimos combates de tan extensa batalla. Bien disputada fué. Los dos ejércitos pudieron acercarse á los sendos alcances de sus respectivas armas, como si en vez de ser dos colectividades, fueran dos individuos. Combatieron allí unos y otros con cruel encarnizamiento. Cuando caía un hombre le reemplazaba con prontitud matemática otro. Horas y horas estuvieron destruyéndose mutuamente. Al fin se debilitó la primera línea de los republicanos. Y debilitada ésta, no por la debilidad seguramente de quienes la componían, sino por la matanza horrible, tuvieron que ceder la segunda y la tercera, envueltas en la inundación impetuosa de los satisfechos y soberbios vencedores. Octavio asedió el campo donde aún estaba un verdadero núcleo de los derrotados, y persiguió Antonio á los dispersos. En esta correría encontró á Bruto guarecido por cuatro legiones, tras murallas materiales de cadáveres amontonados. Bruto intentó defenderse todavía; pero las legiones, cansadas, rehusaron este último auxilio, primero, por creerlo inútil, y después por considerar que iban á negarles el cuartel tras una desesperada resistencia.

Ya no le quedaba otro recurso en el mundo sino la muerte inmediata. Por los antiguos

tiempos el suicidio tenía tanto crédito, que se mataban clases y poblaciones enteras. Lo mismo que moría un hombre, moría, ó bien una legión, ó bien una ciudad. Bajo unos árboles muy verdes, junto á un arroyo muy claro, al pie de una colina muy hermosa, el representante postrero de las edades clásicas miró frente á frente su mortal agonía y su próximo traspaso del mundo este á otro mundo mejor. Tendióse por tierra y comenzó á dar alaridos en justo duelo por sus compañeros mártires. A fuer de pagano, aquel hombre no se contentó con llorar á los suyos, maldijo á los contrarios, llamando sobre sus cabezas la pena del Talión. Hecho esto, dirigióse á los capitanes sobrevivientes en súplica de que le clavasen sus puñales y lo remataran allí con la mayor prontitud. Todos rehusaron. La noche venía, noche tranquila del Oriente, y se acercaban los enemigos con ella, muy anhelosos por coger la mejor de sus presas, el representante último de la libertad y de la República. Como se oyera la palabra huyamos, frequentísima en todos los pánicos, Bruto aseguró que pensaba huir, sí, más no por medio de los pies, por medio de las manos. Entonces ya la noche había venido sobre todos. Susurraba el arroyo, despedían aromas las plantas, zumbaban los insectos del crepúsculo, las aguas corrientes se plateaban en la incierta luz, por los cielos azules resplandecían astros innumerables y quizá innumerables aerolitos. La indiferencia del universo acabó por sublevar á Bruto mucho más que la indiferencia del pueblo. La República se acababa, y lucían los astros con claridad nueva, y se transparentaba el cielo en su divina serenidad, y las flores abrían sus corolas como para una fiesta, y entonaba el arroyo su idilio melodiosísimo y sacudían los árboles su polen de vida y de amor. Viéndolo todo sonriente y armonioso en torno de su dolor, lanzó una terrible y desesperada negación á la virtud, y se arrojó sobre su espada, puesta en el suelo de punta hacia él, la cual, más compasiva que los hombres y los elementos, lo mató en aquel supremo y fatídico minuto. Antonio mandó el cuerpo á Servilia ceñido en sudario de púrpura y rogándole que le diese digna sepultura. Servilia lo enterró con arreglo á todos los ritos romanos. Mientras duraron estos ritos Porcia cumplió con fidelidad sus deberes litúrgicos de viuda. Tuvo el muerto las lágrimas y las oraciones que deben acompañar á los cadáveres y que deben servir á los manes. Pero la violencia caracterizó aquella complexión de mujer. Por consiguiente, no creyó cumplidos todos sus deberes con regar de lágrimas y envolver en oraciones los restos de su esposo. A la hija de Catón, á la mujer de Bruto, le atañían otras obligaciones; no se juzgaba digna de haber vivido con ellos si no acababa como ellos. Si á lo menos la muerte de ambos resultara próspera y fecunda; si con su inmolación cruenta consiguieran salvar libertad y República, todavía le tocaba vivir para verlos idolatrados por su pueblo y circuidos en justicia de la universal admiración. Pero las nuevas leyes los declaraban reos, y el pueblo no volvía por su virtud, ni siquiera tras haber visto que por el pueblo y para el pueblo habían los dos inmolado voluntariamente su vida. El afecto, á todas estas refle-

xiones profundas consiguiente, debía ser un afecto de odio invencible hacia un mundo caído en tales injusticias. El propósito de un suicidio como el suicidio de Catón, como el suicidio de Bruto, se apoderó de aquella mujer, quien sólo muriendo se creía digna de llamarse hija del uno, esposa del otro. Pero Servilia, en cuyo espíritu el epicureismo casi nativo y el apego á las ideas cesaristas engendraran un deseo de vivir, que ciertamente la llevó hasta los cien años, no quería este duelo más en su vida y este remordimiento más en su conciencia. Púsole una legión de atentas esclavas, á quienes encargó seguirla y vigilarla noche y día con el fin de impedir aquel innecesario suicidio. Pero Porcia heredó, entre las cualidades catonianas suyas, no solamente la resolución firmísima, la tenacidad en sus resoluciones. A mayor abundamiento el más joven y último de sus hermanos acababa de morir en Felippos defendiendo la causa de su pueblo y su padre. Cuando entre los cadáveres, que rodearon á Bruto en la hora última se hallaba un Catón, Porcia se creía obligada por todos los afectos humanos á seguir el ejemplo de los suyos, como esposa, hermana ó hija. La República no cuenta entre sus innumerables mártires ninguno de la pureza que brilla en Porcia. Los repúblicos morían todos en el mundo antiguo así que moría su causa. Ella rica, patricia, hermosa, joven, podía prometerse aún á la consideración del mundo y los amores de otro esposo. Más fuerte que todos los varones á quienes imitaba, las precauciones seguidas para evitar el suicidio agravaron la pena de su agonía y el horror de su muerte. Porcia se mató sin piedad tragándose unas brasas. Su alma es la nube más encendida y más bella que resplandece sobre los ocasos de la libertad y de la República. ¡Cuáles relaciones entre la romana mujer de Bruto y la francesa mujer de Rolland! ¡Tantas se notan entre una y otra cuantas permiten las diferencias del tiempo y de lugar! La una patricia, plebeya la otra; enamorada de privilegios naturales, pero heredados y recibidos de sus abuelos aristócratas la una, pugnando por la libertad igual para todos la otra; teniendo la una el trabajo fácil de conservar y teniendo la otra el trabajo difícil de adquirir, meditaban las dos reflexivamente sobre sus respectivos deberes, sostenían un sistema filosófico que se dilata desde los primeros tiempos griegos hasta nuestros tiempos, presidían varias reuniones de repúblicos superiores, y pensando con la elevación de pensamiento connatural á los fuertes, como verdaderas mujeres que eran, sufrían y se apenaban, redoblándose todas las adversidades con todas sus terribles consecuencias al rebotar en sus sendos corazones. Porcia era mucho más reservada que madama Rolland. No escribía, no hablaba la romana con el abundante lenguaje usado por la francesa, escritora y oradora de primer orden. Pero una y otra cayeron en un mismo error, en el error de imaginar cosa fácil y hacadera poner la mente social de acuerdo con sus mentes respectivas, é influir en sus conciudadanos como influían en sus amigos. Así, ¡cuántas tristezas, consecuencia de mutuos desengaños, debían una y otra sentir! ¡A cuántos golpes no estuvieron expuestas que les atraía sin remedio su propio peculiar sexo! En el combate político sufre mucho más

una mujer que un hombre. La suerte de Porcia y la suerte de madama Rolland lo demuestran y patentizan de sobra. Murieron muerte violenta Porcia y Bruto; pero éste después de haber combatido y aquella bajo el peso de una rota, en lo cual no tomara ella parte ninguna y por lo mismo que no tomara parte ninguna, mucho más dolorosa, mucho más triste, mucho más desesperada que la rota y muerte de su marido, el cual podía consolarse con que, después de su adversa batalla, no tenía recurso á que acudir, ni medio que apurar. Pues algo de esto sucedió á la esposa de Rolland. Continuemos su historia.



CAPÍTULO SÉPTIMO

El ejército y el clero bajo la gobernación girondina.



IMPOSIBLE comprender los acontecimientos épicos del período que historiamos ahora, sin acordarse de la demencia colectiva reinante, como una especie de moral é intelectual epidemia, sobre los ciudadanos en su totalidad. Congregado un Parlamento, del cual tiraban fuerzas iguales en opuestos sentidos; marrada la primer expedición libertadora por Dumouriez á las fronteras belgas y alemanas dirigida; incierto y perplejo el generalísimo Lafayette sobre si convenía ó no convenía la guerra misma en que ya estaba empeñado, y así manteniéndola con flojera, en traición rayana; rota la escuela jacobina en dos fracciones, á las cuales ya les daba la vulgar lengua carácter belicoso llamándola con los nombres de sus dos jefes, tan irreconciliables enemigos, llamándolas á la mayor y más numerosa robespierista, como á la menos, y más influyente por estos días, puesta en el gobierno, brissotista; encrespado el espíritu público por anuncios tan temerarios como el de una regia fuga próxima; delatado el comité austriaco en la Cámara como consecuencia del terrible fenómeno de la indisciplina y dispersión del ejército en los combates; trastrocada la quema sencilla de un libelo infame, al desarreglo colectivo de los nervios, en quema de documentos donde constaban las maquinaciones palaciegas contra la libertad y la patria: el Rey de Francia en discusión pública escandalosa con el alcalde de París; condensándose la irrupción allende las líneas del Rhin y del Mosela; subía el terror de todos á los últimos grados y todos sospechaban de sus correspondientes vecinos bajo la pesadumbre del cúmulo de